

En lugar de una memoria:

Mi residencia ocurrió durante dos semanas con una semana de descanso intercalada entre ambas. Durante la primera semana residí sola en una cabaña en el espacio de Azala y durante la segunda tuve la oportunidad de conocer a artistas residentes del espacio Hangar.

Mi residencia fue un retiro para escribir sobre *Negative Landscape*, un trabajo que será publicado en 2025.

Antes de entrar:

*Salgo desde Donostia hacia Lasierra. Vengo de hacer el examen práctico de conducir. He estado obligada a hacerlo porque mi carné iraní no era homologable aquí. Lo he aprobado.*

*Mientras conduzco me paso la entrada del pueblo, doy marcha atrás y empiezo a pensar en el examen de conducir. En ese mismo momento caigo en un canal y mi coche queda atascado. Pienso que es el precio de entrar en un mundo donde un ente quiere nacer.*



Segundo día:

*El primer día me costó deshacer el mundo que traía conmigo. Parece que, poco a poco, la soledad me está acompañando. Es la última hora del día y llueve. Después de estar sentada durante tanto tiempo me apetece mover las piernas.*

*Me atrevo a adentrarme en un bosque que parece señalado. Sigo el camino y descubro que no estoy sola: hay un montón de setas, entre ellas reconozco los níscalos. Casualmente, llevo una bolsa conmigo y decido recoger algunos.*

*Al final del camino, cuando el bosque termina, el ambiente es oscuro y nebuloso. Veo una ikurriña y entiendo que estoy en una cima. Un acantilado se extiende bajo mis pies. La altitud me impresiona y me invade un miedo placentero al pensar que la vida podría acabar en este mismo punto. No veo mucho, pero escucho sonidos. De vez en cuando, cuando las nubes se disipan, aparece un bebedero, abajo, que me recuerda a una dolina.*

*Cuando decido regresar ya es de noche y, de vez en cuando, el sirimiri se convierte en lluvia. Camino bajo la línea de alta tensión hacia la cabaña. Veo la silueta de un búho que al percibirme alza el vuelo y choca contra el cable. Después se vuelve y desaparece entre la niebla.*

*Me hubiera gustado grabar esta escena con mi teléfono, pero quizá no tenía el carácter de una imagen, sino de un poema. Pienso que este momento es un giro, como el del búho que he encontrado en mi camino.*





En el espacio entre las líneas de escritura camino todos los senderos que conectan mi cabaña con la biblioteca y con las cimas más altas de la montaña desde la ladera en la que me encuentro. En mis pasos, recojo las setas comestibles que encuentro y las guardo en mi camiseta para la tortilla de la noche. Me siento muy cómoda en este lugar y tengo la sensación de que podría sobrevivir con lo que encuentro.

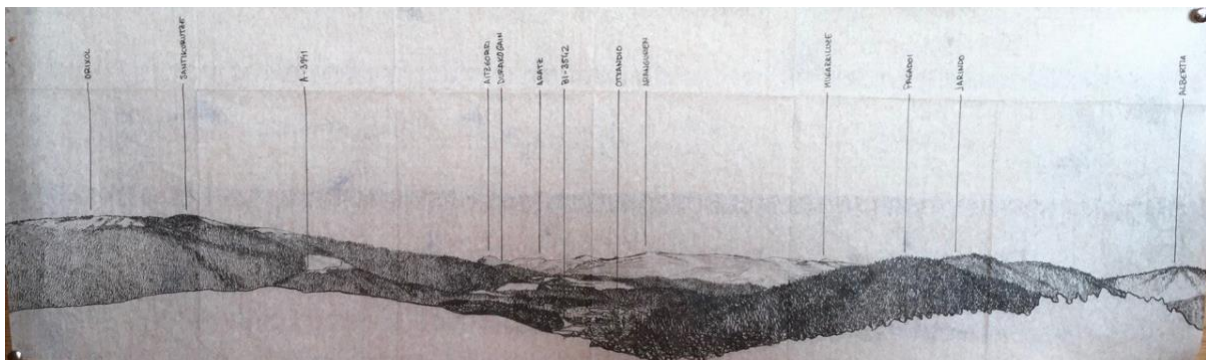
Aunque estoy sola y camino por senderos desconocidos, me doy cuenta de que este lugar ha sido habitado. Las piedras marcan los bordes de los senderos y leo frases escritas a mano que nombran lugares sobre carteles de madera. Alguien ha pasado tiempo en esta montaña y en estos bosques. En un rincón encontré pequeños papeles doblados, cerrados con un hilo rojo, escondidos en un agujero de la tierra, esperando a deshacerse con el tiempo.

Al regresar de los paseos, me siento en una biblioteca donde percibo la presencia de otras personas que han trabajado antes aquí. Todo esto me ayuda a adentrarme en una soledad que, paradójicamente, hace que me sienta acompañada.

Durante el primer día de trabajo encontré un libro de Isabel de Naverán que trataba sobre la escritura, *La ola en la mente*. Este encuentro fortuito me hizo regresar a un ejercicio que hicimos en su maravillosa clase durante el máster que cursé en la UPV, relacionado con este mismo trabajo y que ahora me ha traído aquí. Comienzo mi escritura con el empujón de esta ola.

Virginia Woolf afirma que «una escena, una emoción, produce una ola en la mente, mucho antes de que las palabras aparezcan para interpretarla; y al escribirlas [...] uno debe retomar todo eso y trabajarlo, y entonces, cuando la ola rompe y se asienta en la mente, hace que las palabras empiecen a encajar».

*Escribo desde este lugar, en las laderas de Lasierra, en la biblioteca de Azala. Tengo una ventana a mi izquierda que mira hacia Aizkorri. Desde aquí, hago viajes de ida y vuelta hacia la geografía de Irán, pensando en los cohetes que intercambian Israel e Irán y en las dolinas de hundimiento, que reflejan las guerras políticas y medioambientales de esta región.*



En el último día de la primera estancia, parece que consigo desbloquear algo y la estructura del texto comienza a suceder. Empiezo a escribir. Aunque mi texto no ha acabado, me satisface terminar la primera estancia así. Durante mi última hora de trabajo, antes de salir, el ordenador se atasca, empiezan a abrirse automáticamente una inmensidad de pantallas y todas las cosas guardadas en mi escritorio emergen y parecen romperse unas en otras, generando imágenes extrañas que me conectan con la ola que se rompe, marcando así el fin de la primera estancia.

